



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12738

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIERCOLES 27 DE ABRIL DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Camartiu 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

EQUIPOS PARA NOVIAS RUIZ DE VELASCO MONTERA, 7, MADRID

Casa especial en toda clase de ropa blanca. Modios de la más alta novedad en camisas de día y de noche *saut de lit* y enaguas de vestir.

Especialidad en juegos de cama y mantelerías con incrustaciones, bordados y encajes.

Cotillas de muselina de la India, confeccionadas, con cifras, entredosos y calados, estilo modernísimo.

Todas las ropas se cosen y bordan á mano.

PRECIOS FIJOS

—SE ENVIAN CATALOGOS—

Urge el remedio

La noticia publicada ayer, referente á que á causa de la mordedura de un perro rabioso había un ser humano que se moría de rabia, ha impresionado al público.

Lo esperábamos; han bastado unos cuantos renglones escritos al correr de la pluma, para fijar el pensamiento de las gentes estimulando á escudriñar las causas de esa dolencia horrible y los remedios que deben emplearse para que el caso no se reproduzca.

El desdichado no inoculó el virus á los que le rodeaban, porque la ciencia que lo asistía y la autolidad que lo vigilaba, tomaron las debidas precauciones; pero el caso que lo puso en tan extremo caso ¿no habrá dejado en otros de su especie salpicaduras de la baba que él mezcló con la sangre del hombre?

Seguramente sí. Téngase en cuenta que desde el día que fué muerto en la plaza de España el primer can hidrófobo, se han vis-

to discurrir por la ciudad y el campo varios ejemplares. En un artículo reciente que dedicamos a este asunto, excitando al remedio conocido contra la presencia de perros vagabundos en la vía pública, dijimos que el miércoles de la semana santa era perseguido uno de ellos por la Puerta de Murcia. Dos días después discurría otro can por el muelle, hidrófobo también, y recientemente se ha presentado en el Llano del Beal otro perro rabioso que ha mordido a otros canes y a una caballería.

¿Qué hay que esperar de tales precedentes?

Casi resulta ociosa la respuesta: cada perro mordido que conserve la vida constituye un peligro y si no se conjura con tiempo y con gran energía, tendrá repelición el caso de ese pobre hombre de la Puerta de la Villa cuya muerte levanta un eco de piedad.

No van encaminadas estas líneas á excitar el celo del alcalde, que no lo necesita. Se dirigen á los que protestan de que se administre la estrignina á los perros en horas que no sean las nocturnas.

Sin duda no es grato ver morir

un perro en medio de la calle; pero es mucho peor que por no ser encontrado de noche—pues á esas horas no vagan los perros por la población—se dé tiempo a que germine en su sangre el virus que le fué inoculado y muerda á una persona poniéndola en trance de muerte y siembre la consternación en su familia.

Contra el peligro de morir rabioso hay el remedio de todos conocido: la estrignina, dada como y cuando se pueda, á toda hora y por el tiempo prudencial que se crea conveniente, para estar seguros de que la rabia de estos perros hidrófobos de ahora no ha de tener consecuencias para luego.

Seguramente hay otros procedimientos que no ofenden la vista y podran aprovecharse para la ciudad. Nos referimos á la caza con lazo y al encierro; pero como no ha de poder aplicarse á todo el término, úsense todos, el lazo y la estrignina.

TIJERETAZOS

Dice un periódico:

«No hay motivo de tristezas, según el señor Rodríguez San Pedro, en el desdén con que se nos ha tratado por Inglaterra y Francia al pactarse el convenio sobre Marruecos.»

Entonces alegrémonos de haber perdido la esperanza que hemos venido alimentando de ser algo en Marruecos algún día.

Al fin y al cabo es un cuidado menos y los cuidados pesan.

Por eso diría el Sr. San Pedro que no hay motivos para sentir tristezas.

Dicen de Zaragoza:

«En reunión celebrada por la Cámara de Comercio, se ha acordado elevar al ministro de Estado una respetuosa protesta contra el Tratado anglofrancés relativo á Marruecos, por los perjuicios que causará al comercio español.»

Esta Cámara no se ha enterado de que no hay motivos para sentir tristezas.

Los Sres. Sivola y Dato han marchado á París, ellos sabrán á qué.

No falta quien diga que se trata de algo diplomático.

No será; pero por sí acaso, no nos llega la camisa al cuerpo.

Como en ese terreno y en todos todo nos sale mal...

EN EL ASILO NOCTURNO

Un periodista alemán que tuvo deseos de conocer por experiencia propia uno de los asilos nocturnos, que se encuentran en todas las grandes ciudades del Imperio, no vaciló en pasar una noche en el asilo nocturno de Francfort, aventura que describió en los siguientes párrafos:

Mi primer cuidado fué vestirme con arreglo á mis pretensiones. Unos pantalones viejos atados con un cinturón roto, una americana más vieja aun, descolorida y adornada con varios zarcidos, sombrero de forma y color indeterminado y en la mano un grueso bastón; así me presenté al anochechar á la puerta del asilo.

Leí un rótulo colocado ostensiblemente encima del timbre que decía: «El que tenga dinero para alojarse en otra parte, que no quite el puesto á los que carecen de todo» y casi sentí remordimiento. Pero ya se abría la ventana al lado de la puerta, hice mi petición al aposentador y este me dió entrada entregándome al mismo tiempo una ficha de latón con el número. Me adelanté resolutamente. «No se dé prisa; lea primero los rótulos!»

En efecto, había colgados varios de éstos en la pared al lado de la puerta: «Se prohíbe ocupar en el suelo.—No se permite fumar.—Se expulsará al que beba aguardiente.»

Me dí por enterado y entré en el recibimiento, donde vi un pupitre con el libro de inscripciones.

—¡Limpiarse los zapatos!—gritó el aposentador.—Así lo hice.

—¿Qué número tiene?

—El 54.

—¿Qué edad?

—22 años.

—¿Ha estado ya alguna vez aquí?

—No.

—¿Qué oficio tiene?

—Escribiente.

—¡Escribiente!—Me miró con cierta desconfianza.

—¡Vaya á bañarse!

El interrogatorio había terminado; suerte que no se exige el apellido.

El baño se halla instalado en la misma planta baja, á la izquierda.

Al entrar vi un grupo de unos treinta hombres que se habían bañado ya; otros veinte se estaban vistiendo y algunos castiraban aún sus miembros en las bañeras ó disfrutaban visiblemente con las duchas tibias.

—Déprisa, déprisa, ¡desnúdarse!—me gritó uno de los vigilantes. Por un momento había olvidado mi papel, considerándome como mero espectador.

Me desnudé y me puse debajo de la ducha.

Empecé á comprender lo que sienten los pobres vergonzados.

Para secarme me toqué una sábana húmeda.

Retorcí un poco.

—Adelante, no tengo ninguna otra—dijo el vigilante.

Me sequé como pude, apretándome á vestirme.

Pasamos luego al comedor, que se halla iluminado con dos luces de gas y provisto de mesas y sillas de madera; en las mesas vi algunos periódicos.

Esporádica la comida pasó revista á mis colegas.

Los había de todas edades y condiciones: jóvenes y viejos, flacos y gordos, caras arrugadas y lisas, barbudas y lampiños; cada faz era un libro cuyo contenido se era difícil descifrar.

La vestimenta de toda esta gente estaba muy deteriorada en su mayoría, no así los semblantes; entre los jóvenes había muchos robustos de colores sanos, todos disfrutaban con visible satisfacción de la agradable temperatura que reinaba en la gran sala, alababan la acción bienhechora del baño y parecían de excelente humor.

Me llamaron la atención unos cuantos individuos que se pasaban envueltos en largos albornoces blancos.

Al preguntarles la causa de esta extraña indumentaria, me respondió uno de ellos.

—Pues no es cuestión de quedarnos desnudos; nuestros vestidos se están hundiéndose.

Momentos después se abrió la ventanilla que da á la cocina; el aposentador distribuyó la sopa; cada uno recibía una escudilla llena y un pan.

El manjar no era malo; pero yo no pude acabarlo y mi vecino aceptó con gusto la mitad.

Terminada la comida, se concedió au-

he sido estraviada por equivocados informes, si realmente quisiera ir señorita Eugenia D' Arny, os suplico me contestéis á vuelta de correo y me digáis lo que debo hacer.

En la noche del día mismo en que recibí esta carta tomé Mr. D' Arny la mala, posta para ir á París.

y esta esperanza le había animado mucho tiempo; mas esta esperanza se había desvanecido y habla envejecido veinte años desde el funesto descubrimiento de su muerte.

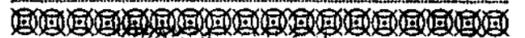
Un día recibió una estensa carta, fechada á las intermediaciones de París, le recorrió con esa febril ansiedad que nos asalta cuando un pensamiento nos sugiere la idea de un suceso grave.

La carta era de una pobre mujer que había recogido á Eugenia D' Arny á la muerte de su madre.

«Con arreglo á las instrucciones que me dejó la madre de vuestra sobrina, he procurado, decía, averiguar vuestro paradero por todos los medios que han estado á mi alcance desde que el terror ha dejado de impetar como un orimen capital mis pasos; mas la incertidumbre de las reseñas no me han permitido conseguirlo hasta hoy.

Acabo de saber hace una hora el nombre del pueblo en que residís, y me apremio á escribiros para suplicaros que prevenís al porvenir de esta apreciable y querida niña.

Estoy atacada de una enfermedad mortal que solo me deja algunos meses mas de vida, y me abruma la inquietud y la pena que me ocasiona el pensar que puedo morir sin dejar un protector, un rrimo á la juventud de mi buena Eugenia. Si, pues, todavía no



Jorge por el contrario de indolente mas apacible y amorosa, no se acaloraba con las ideas belicosas que traían fuera de sí á su hermano; no soñaba con la felicidad de la vida de los campamentos ni con los grados militares, y tal vez no llevaba su ambición mas allá de los límites de la reducida casita donde había nacido ni de la modesta y reducida hacienda que habían fecundado los sudores de sus queridos padres.

Las bondades apacibles del mense atraían muchos